



“In teteoh, divinidades acreedoras de la deuda de sangre”
p. 131-160

Xochimiquitzli, la muerte florida
El sacrificio humano entre los mexicas

Patrick Johansson Keraudren

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

560 p.

Códices, grabados, fotografías, láminas

(Cultura Náhuatl. Monografías 38)

ISBN 978-607-30-5619-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de marzo de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/781a/xochimiquitzli.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



5

IN TETEOH, DIVINIDADES ACREEDORAS
DE LA DEUDA DE SANGRE

Si consideramos el esplendor monumental de los templos, pirámides y palacios, la forma preñante de las esculturas en piedra volcánica o arenisca, la cerámica, los objetos labrados en oro y plata, o tallados en piedras preciosas; si apreciamos la colorida devoción que emana de las imágenes en los libros pictográficos, así como las gemas literarias que llegaron hasta nosotros, podemos afirmar que la civilización azteca fue profunda y estéticamente religiosa.

La religión, en sus variantes mágicas o dogmáticas, en sus aspectos mitológicos o rituales, fue probablemente el primer vínculo cognitivo de índole simbólica entre el hombre y el mundo. La etimología del término latín *religio* recuerda este hecho. Es probable que en protolatín haya significado “cosas reunidas”. La relación del hombre con el mundo mediante la función simbólica, incluyendo las actividades adaptativas más pragmáticas, fue esencialmente religiosa.

En la cultura náhuatl prehispánica la religión tenía un carácter “umbilical”, un umbilicalismo que vinculaba al ser indígena con lo que consideraba esencial en la vida: la madre-tierra y la muerte. Como ya lo sugerimos, el mexica era un ser para la muerte, en el sentido que el filósofo alemán Martin Heidegger dio a esta expresión. En el texto que narra las apariciones de la virgen de Guadalupe, el *Nican mopohua*, Juan Diego recuerda esta convicción indígena:

Ca nel ye inic otitlacatque, in tic-
chiaco in tomiquiztequih.¹

En verdad para esto nacimos, vi-
nimos a esperar nuestro tributo de
muerte.

¹ Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican Mopohua”*, México, El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 130.

La ascunción casi orgánica de los trágicos determinismos de la existencia en la tierra (*tlalticpac*) contribuyó a definir las múltiples modalidades de “la muerte florida” (*xochimiquiztli*): el sacrificio humano.

LA NOCIÓN INDÍGENA DE “RELIGIÓN”

No había un término preciso equivalente a “religión” en lengua náhuatl antes de la conquista. Cada impulso religioso tenía un nombre específico que lo designaba sin que se pudiera abstraer la multiplicidad de estas manifestaciones en un concepto partitivo que las contuviera todas.

La relación cognitiva de inmanencia del indígena nahua con el mundo hacía que no se alejara de una situación concreta para conceptualizarla en términos distantes y taxonómicos. Podríamos decir que el símbolo era “la medida de todas las cosas”, parafraseando a Protágoras. Esta efervescencia simbólica, conceptualmente inaprehensible, era “sentida” en los términos que definimos en el primer capítulo de este libro.

La palabra náhuatl *teotl*, en singular *teotl* o en plural *teteoh*, no corresponde del todo a la noción occidental de “dios”. Los españoles utilizaron sin miramientos el término derivado *teoyotl* (lo divino) en las doctrinas porque los frailes se dieron cuenta de que la palabra no correspondía a la idea cristiana de “religión”. Una prueba de esto es que forjaron la palabra *tlateotoquiliztli*, literalmente “el seguimiento (*toquiliztli*) de *teo*”, que llegó a designar la “idolatría”, y el otro neologismo *tlaneltoquiliztli*, que puede traducirse como “el seguimiento verdadero (*nelli*)”,² que remitió a la fe. En la iconografía de los códices, la noción *teotl* está sistemáticamente expresada con la imagen del sol. El *teotl* por excelencia era el sol.

Teotihuacan es el lugar donde se hicieron divinos (*moteotiah*) Nanhuatzin y Tecuhciztécatl, pero también en el que “murieron” en el fuego de la hoguera y “se hicieron soles”. Como veremos más adelante, después del autosacrificio de estos dos protagonistas, los demás dioses también se autosacrificaron. Dijeron *ma timiquican* (muramos),³ y crearon asimismo el espacio-tiempo sagrado de la muerte y la religión.

² El verbo náhuatl (*tlā*)*toca* significa “seguir”. Es probable que el verbo *neltoca*, literalmente “seguir la verdad”, que hoy significa “creer”, haya sido forjado por los frailes.

³ *Códice florentino*, facsimilar elaborado por el Gobierno de la República Mexicana, México, Giunte Barbera, 1979, lib. VII, cap. 2.

En el contexto cultural náhuatl prehispánico, el que moría se volvía *teotl*. Recordemos lo que los ancianos (*huehuetque*) decían, según un informante de Sahagún, en este contexto religioso:

In aquin omic oteut, quitoaia: ca oteut, quihtoznequi ca omic [...] mochintin moteotocaque in iquac micque.⁴ Todo aquel que murió se volvió dios, decían: “se volvió dios, quiere decir murió [...] todos eran considerados como dioses cuando morían”.

Por el solo hecho de morir, el indígena se volvía *teotl* (divino). Muerte y religión estaban conceptualmente vinculados y las palabras respectivas que las designan eran prácticamente sinónimas.

En este contexto eidético,⁵ las manifestaciones geofísicas, minerales, vegetales o animales del mundo, así como ciertos objetos, se percibían como sagrados. Con base en lo natural, figuras zoomorfas, fitomorfas o antropomorfas, cada vez más nítidamente esbozadas, llegaron a constituir personajes o “dioses”. Ahora bien, cualquiera que sea el radical léxico de la palabra (*zoo-*, *fito-* o *antropo-*), el sufijo *morfo*⁶ cobra un valor esencial en lo que concierne a la cultura náhuatl. Esto se aprecia en la relación paronímica⁷ en náhuatl entre *tlacati* (nacer) y *tlacatia* (tomar una forma). La forma confiere la existencia a algo antes informalmente esencial. En este contexto, el sacrificio humano consistirá en darle una forma a la muerte para permitir su aprehensión religiosa, pero también cognitiva.

Con el sacrificio humano y su formalización ritual, en los términos pulsionales que definimos en el segundo capítulo, el indígena, más que conocer la muerte, “co-nacía” a la muerte, la asumía no sólo culturalmente sino psico-somáticamente. La expresión náhuatl *totequiuh in miquiztli* (nuestro tributo es la muerte), que la Virgen de Guadalupe retomó en su diálogo con Juan Diego,⁸ es una prueba de ello.

⁴ *Ibid.*, lib. X, cap. 29.

⁵ Relativo a las ideas.

⁶ “Forma”, en griego antiguo.

⁷ Los parónimos son palabras fonéticamente cercanas. Como reiteramos en este libro, en la cultura náhuatl prehispánica, una relación paronímica establecía con frecuencia lazos conceptuales.

⁸ León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe*, p. 130. El primero en ser “redimido” de este principio tanatológico vital indígena, profundamente arraigado en su cultura, será Juan Bernardino, antes de que la doctrina cristiana introduzca el concepto de “pecado” como origen de la muerte.

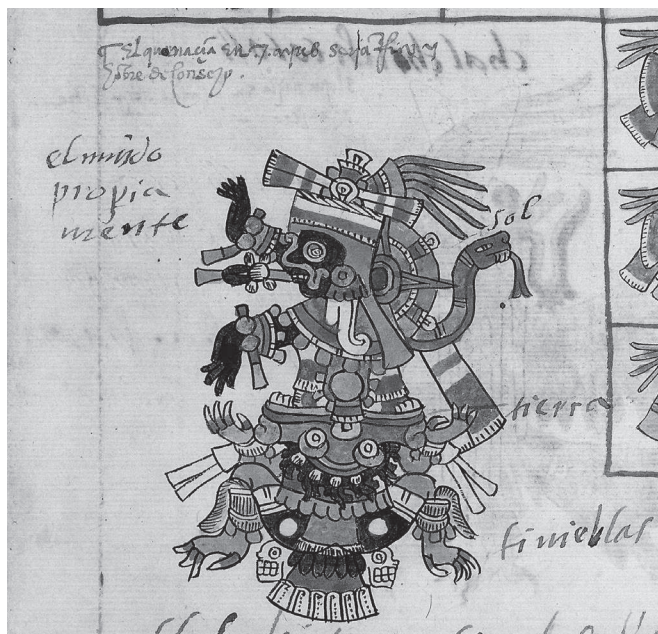


Figura 5.1. Códice telleriano-remensis, f. 20r.

Aun cuando el perfil, la función y lo que representa un ente divino parecen claramente delineados en el contexto cultural mexicana, los elementos que configuran su imagen manifiestan una polisíntesis, al igual que los gramemas de la lengua náhuatl, que funde sus unidades constitutivas en el crisol de una palabra. Los elementos visuales que configuran deidades como Tláloc, el dios de la lluvia, y Xólotl, el nahual de Quetzalcóatl (figuras 5.1; figura 7.7, *infra*, p. 214; figura 7.3, *infra*, p. 205), por ejemplo, se conjugan polisintéticamente en una sintaxis que trasciende la identidad de ambos númenes. En última instancia, establecen lazos simbólicos estrechos entre ellos.

LOS DIOSES

En esta perspectiva, consideraremos de manera breve algunas de las deidades más importantes del panteón náhuatl, que exigían el don de sangre y corazones.

Quetzalcóatl

Como numen mesoamericano muy antiguo, el perfil religioso de Quetzalcóatl evolucionó y proliferó en el curso de la historia. La locución con carácter onomástico que lo designa, “serpiente quetzal” o “serpiente emplumada”, simbolizaba las nupcias entre la tierra y el cielo. Como tal, fue una encarnación de la agricultura. La coa (*huictli*) que tiene en la mano en la lámina 56 del *Códice Borgia* (figura 5.2) muestra que seguía teniendo esta función en el periodo Posclásico.

Como Quetzalcóatl-Ehécatl, el viento polinizador del maíz y propulsor del sol y la luna en una etapa mitológica de la creación del mundo, su imagen de dios esencialmente agricultor se deslizó de lo temporal estacional al tiempo como duración vital, a la existencia frente a la muerte y a la civilización frente a la naturaleza.

Numen esencialmente solar, Quetzalcóatl se subdividía en Ehécatl (el viento o el aire), una advocación diurna-diestra-progresiva, y Xólotl, nocturna-siniestra-regresiva, esencialmente telúrica. Xólotl era el nahual de Ehécatl y como tal fundamentaba la partición ontológica del ser existente: humano/ente natural.⁹ En el mismo contexto y por extensión, Xólotl como perro guiaba a los difuntos en los páramos infraterrenales del Mictlan.

En la capital tolteca, Tula, Quetzalcóatl se “humanizó” y adquirió una dimensión mítico-histórica como el dios-rey, o máximo sacerdote, que se enfrentó a la divinidad nocturna Tezcatlipoca y tuvo que huir hacia Tlillan Tlapallan.

Quetzalcóatl era también Tlahuizcalpantecuhtli (señor del alba), Venus, la estrella de la mañana que antecede o, mejor dicho, genera la luz heliaca antes de la aparición del sol. Quetzalcóatl era de hecho el sol-*tlahtoani* tolteca que había envejecido, cuya senilidad se había reflejado en el espejo de Tezcatlipoca y había generado mitológicamente la necesidad de “morir”. Su “huida” a Tlillan Tlapallan culminó cuando se prendió fuego y de sus cenizas (*nextli*) se elevó el astro y surgió la luz del amanecer (*tlanextli*). Con su incineración, el sol difunto se transformaba en estrella de la mañana, que a su vez traía al nuevo sol, en una

⁹ Este ente natural puede ser un animal, una planta, una nube, etcétera. Manifiesta un arraigo profundo del ser humano en la tierra.



Figura 5.2. Mictlantecuhtli y Quetzalcóatl-Ehécatl. *Códice Borgia*, lám. 56

compleja ecuación simbólico-religiosa que revela un análisis del texto y las imágenes correspondientes (figura 5.2).¹⁰

Como vimos, su gemelo Xólotl aparecía después del ocaso, huía y reaparecía al día siguiente como estrella de la mañana. Ambas manifestaciones expresaban la dualidad complementaria, el carácter cíclico del tiempo y la transformación necesaria de todo lo que perdura. Más allá de lo cotidiano, las fechas de su aparición, desaparición y periodos de invisibilidad serían el pretexto de sacrificios humanos propiciatorios.

Quetzalcóatl es el agente masculino en la fecundación de la piedra de la que nació *tzinacatl* (el murciélago), del que nacieron las flores, creador del ser humano, descubridor del maíz y del maguey. Fue un modelo ejemplar de los señores nahuas desde lo mitológico hasta lo

¹⁰ Patrick Johansson K., *Miccacuicatl. Las exequias de los señores mexicas*, México, Libros de Godot, 2016, p. 269-286.

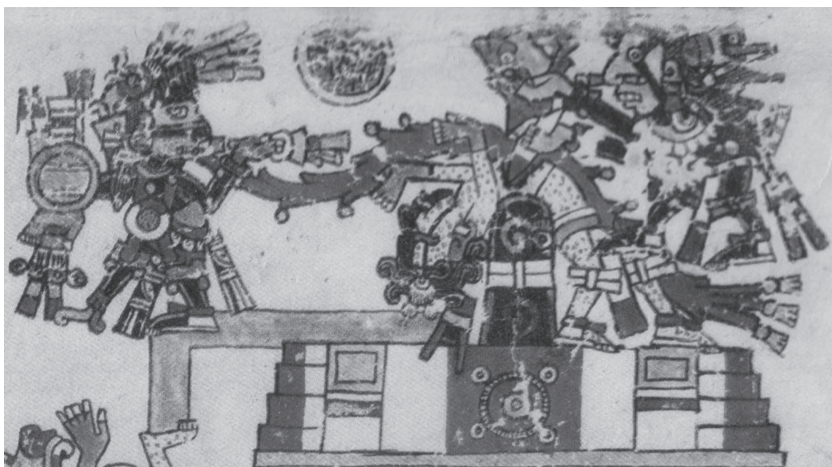


Figura 5.3. Sacrificio de una víctima a Tezcatlipoca. *Códice Borgia*, lám. 42

político. Era el dios de los mercaderes (*pochtecah*) en su advocación de Yacatecuhtli. Fue el sacrificador por excelencia (figura 5.3), el primero, el que inmoló a los dioses *in illo tempore* cuando decidieron morir, cuyo sacrificio creó el espacio-tiempo de la muerte donde iban a morar.¹¹ Después de una persecución, sacrificó a su gemelo nahual Xólotl en su última transformación: en el estado larvario de *axolotl*.

Yacatecuhtli

Advocación de Quetzalcóatl que reverenciaban los mercaderes (*pochtecah*), Yacatecuhtli (señor guía), era el dios de los caminos y las expediciones mercantiles. Comerciantes-guerreros, los *pochtecah* se habían convertido en una “clase” prominente en el contexto social indígena náhuatl, gracias a las expediciones mercantiles que los enriquecían a ellos y a las naciones de la triple alianza. Ofrecían sacrificios en los *calpultin*, a sus propios dioses y más precisamente a la encarnación “gremial” de una deidad: Yacatecuhtli.

Avatar de Quetzalcóatl y dios tutelar de los mercaderes, Yacatecuhtli tenía su templo en el recinto sagrado. Se hacían sacrificios en su honor

¹¹ *Ibid.*, p. 17-29.

en la fiesta Panquetzaliztli. En el mes Tititl, el caminante Yacatecuhtli moría en su templo, *yacatecuhtli iteopan*.

Fuera de la urbe, en las etapas de sus expediciones, los *pochtecah* colocaban cerca del fuego, reunidos en un haz, sus bastones de caminantes (hechos de una caña maciza llamada *otlatl*) que personificaban al dios. Derramaban sangre de los lóbulos de las orejas, la lengua o las piernas frente al dios y el templo.¹²

Mictlantecuhtli

Señor del inframundo, Mictlantecuhtli (figura 5.4) fue uno de los dioses más importantes del panteón náhuatl. En su dimensión se gestaba todo cuanto llegaba a la existencia: el hombre, el maíz, las flores, las naciones, etcétera. Si bien Quetzalcóatl-Ehécatl labraba la tierra, él proveía el alimento que brotaba de ella. Representaba la muerte (*miquiztli*) frente a la existencia (*nemiliztli*), encarnada por Quetzalcóatl-Ehécatl, y ambos constituían la vida (*voliztli*) (figura 5.2).

Se le dedicaban sacrificios humanos con frecuencia, en particular en los meses Miccailhuitontli (pequeña fiesta de difuntos), Huey Miccailhuítl (gran fiesta de difuntos) y Tititl, la fiesta que consagraba el fin del año solar antes de Izcalli. En ciertos contextos rituales, los sacrificadores eran imágenes de Mictlantecuhtli.

Tezcatlipoca

“Espejo que humea”, “humo del espejo”, o más sencillamente, el espejo mismo hecho de la piedra que los nahuas llamaban *tezcapoctli*. En el contexto cultural tolteca, y luego mexicana, Tezcatlipoca era el antagonista de Quetzalcóatl, era la noche, el viento (*yohualli, ehecatl*), un ser divino telúrico-nocturno asociado al fuego y a la muerte (figura 5.5).

Por lo general, el encuentro de Tezcatlipoca con Quetzalcóatl ha sido interpretado en una perspectiva histórica; sin embargo, tuvo un papel

¹² Patrick Johansson K., “La redención sacrificial del envejecimiento en la fiesta Tititl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 33, 2002, p. 87.



Figura 5.4. Mictlantecuhtli. El zapotal, Veracruz

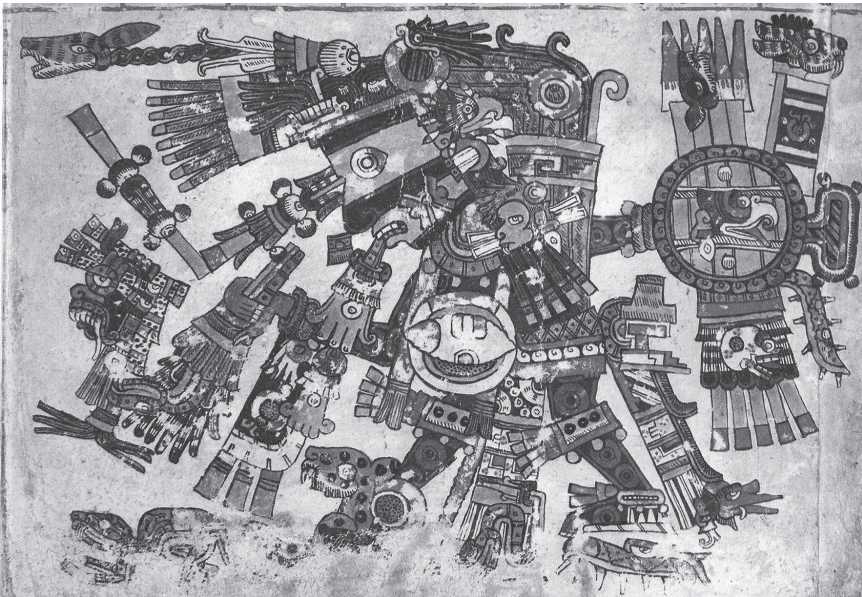


Figura 5.5. Tezcatlipoca. *Códice Borgia*, lám. 17

mitológico. Entre sus desempeños, su victoria sobre Quetzalcóatl corresponde a la alternancia existencia/muerte que caracteriza la vida.¹³ Compartía con Huitzilopochtli algunos rasgos característicos. Se le ofrendaban víctimas humanas en muchos contextos festivos, pero en particular en la fiesta Tóxcatl.

En el mito de la huida de Quetzalcóatl a Tillan Tlapallan, Tezcatlipuca tiende el espejo en el que se mira el soberano tolteca ya envejecido. Este hecho mitológico se repetiría en la realidad para propiciar la recuperación de un rey enfermo o retrasar el momento de su muerte. Cuando el rey Tezozómoc de Azcapotzalco, enfermo o muy viejo, estaba a punto de fallecer:

Y viendo los señores sus vasallos y los sacerdotes, pusieron un velo a Tezcatlipuca, ídolo principal o señor de todos los ídolos de la tierra, como entre los gentiles romanos a Júpiter que era señal de gran sentimiento. Y esta ceremonia fue ordenada de Topiltzin, que cuando el rey enfermaba le ponían si era el monarca, a Tezcatlipuca un velo, y no se lo quitaban hasta que moría o sanaba.¹⁴

Y así estuvo Tezcatlipuca algunos días hasta que Tezozómoc vino a morir.

Ihuimécatl

Ihuimécatl, cuyo nombre significa, a la letra, “cuerda de plumas”, era el dios del sacrificio. Recordemos que la pluma (*ihuitl*) era “la sombra de los dioses” (*in teteoh iehecahuil*).¹⁵ En la imagen del *Códice Borgia* que lo representa (figura 5.6), una sintaxis iconográfica relaciona el pederal que entra, la sangre que sale y la cuerda emblemática del sacrificio. La referencia arquetípica del sacrificio era la presencia de plumas (*ihuitl*) en la cabeza de las víctimas. En términos generales, la cuerda remitía a la penitencia, desde el simple ayuno hasta la oblación humana.

¹³ Johansson K., *Miccacuícatl. Las exequias de los señores mexicas*, p. 57-77.

¹⁴ *Idem*; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, v. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 350.

¹⁵ Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Porrúa, 1967, v. II, p. 206.



Figura 5.6. Ihuimécatl, el dios del sacrificio humano.
Códice Borgia, lám. 23

En el contexto mitológico de la huida de Quetzalcóatl a Tlillan Tlapallan, Ihuimécatl, acompañado por Toltécatl —uno de los dioses del pulque—, fue a Xonacapacoyan a buscar el alimento y ayudó a fabricar el pulque a partir de los magueyes que Maxtlaton guardaba en el Toltecatépetl. Fue de los que le dieron pulque a Quetzalcóatl, con lo que rompió su ayuno. También fue al Nonoalcatépetl a buscar a Quetzalpélatl, hermana de Quetzalcóatl, para que se embriagara, es decir, cometieran el incesto.¹⁶ El canto que eleva Ihuimécatl se relaciona poéticamente con la muerte sacrificial:

Yehuan Quetzalcoatl, am mochal-
chiuhpapahua, quahuitl yezo,
cana tlapa. Ma tic-ya ytzca yehuan.
Ma tichocacan.¹⁷

Él, Quetzalcóatl, ustedes sacer-
dotes de jade, sangre del árbol, en
una parte está quebrado. Miré-
moslo. Lloremos.

¹⁶ Johansson K., *Miccacuicatl. Las exequias de los señores mexicas*, p. 207-209.

¹⁷ *Ibid.*, p. 197.

El árbol quebrado es aquí el ser penetrado por el cuchillo sacrificial del que se derrama la savia hemática. Las miradas y las lágrimas que se vierten complementan el cuadro ritual.

*Centzontotochtin, cuatrocientos conejos:
divinidades del pulque*

Conocidos como *centzontotochtin*, dioses del aguamiel (*neuctli*), ya fermentado como pulque (*octli*), los cuatrocientos conejos eran números lunares de la ebriedad sagrada. Algunos eran conocidos por sus nombres propios, como Patécatl, Toltécatl, Papáztac, Tezcatzóncatl, Tepoztécatl, Tomiyauh, y se les sacrificaban cautivos en distintas ocasiones, en particular en la fecha 2-Tochtli (2-Conejo).

Tláloc

Dios común a toda Mesoamérica, con nombres distintos según las culturas, Tláloc era la personificación divina de las aguas, en específico de la lluvia y los montes. Los inmigrantes aztecas-mexicas lo adoptaron al llegar a la región lacustre en la que se asentaron y lo integraron en el mito fundacional de México-Tenochtitlan. Ocupaba un lugar en lo alto del Templo Mayor, junto al dios tribal mexica Huitzilopochtli.

Se festejaba de manera permanente. Las fiestas Atl Cahualo, Etzalcualiztli y Tepeíluhtl eran las de mayor importancia. Las ofrendas predilectas de Tláloc eran los niños pequeños y las mujeres. La importancia del agua para la vida confirió a este dios su relevancia en el marco de su existencia sedentaria.

Tláloc se desmultiplicaba en divinidades conocidas como *tlaloqueh*, que a su vez eran encarnaciones de los montes.

In tetepeh, los montes

Vinculados a Tláloc, los montes eran divinidades acreedoras de la deuda de sangre. En el mes Tepeíluhtl (fiesta de los montes) se confeccionaban

pequeñas figuras de amaranto (*tzoalli*) en honor a los que habían muerto ahogados o fulminados por un rayo, que no eran incinerados. Las figuras eran estructuras de madera en forma de serpiente cubiertas con masa de amaranto. También se hacían pequeñas figuras de montes llamadas *ehecatontin* (niños-viento): “la cabeza de cada monte tenía dos caras: una de persona y otra de culebra”.¹⁸ El día de la fiesta sacrificaban cuatro mujeres y un hombre, imágenes de los montes, cuyos nombres eran Tepéxoch, Matlalcueye, Xochtécatl, Mayáhuel, imagen del maguey, y Milnáhuatl, representación (*iixiptla*) de la serpiente.

Quimonteca in techcac. Mec hualmoquetza in tequipaneque, in temictiani niman ie ic quimelte-tequi.¹⁹

Las [lo] extienden sobre la piedra de sacrificio. Luego los oficiantes, los sacrificadores luego les cortan el pecho.

Llevaban luego los cuerpos al *tzompantli*, donde los decapitaban, y ensartaban las cabezas en los palos (*quimonzozo in intzontecon*). Al día siguiente, al amanecer, procedían a despedazarlos en una ceremonia llamada *Texixitinilo* y comían los pedazos.

Mayáhuel

Diosa del maguey y del líquido que se extrae de esta planta antes de fermentar (*neucli*), Mayáhuel es una diosa lunar (figura 5.7). En la fiesta Tepeilhuitl se sacrificaba una víctima que la personificaba.

Toci, nuestra abuela, alias Tepeyóllotl, el corazón del monte

La diosa Toci, literalmente “nuestra abuela”, también llamada Tepeyóllotl, el corazón del monte, era la madre de Cintéotl, la planta del maíz. Era una advocación de la tierra y estaba asociada al jaguar (*ocelotl*). Provocaba temblores. En la fiesta principal del mes Ochpaniztli, su imagen

¹⁸ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Porrúa, 1989, p. 138.

¹⁹ *Códice florentino*, lib. II, cap. 32.

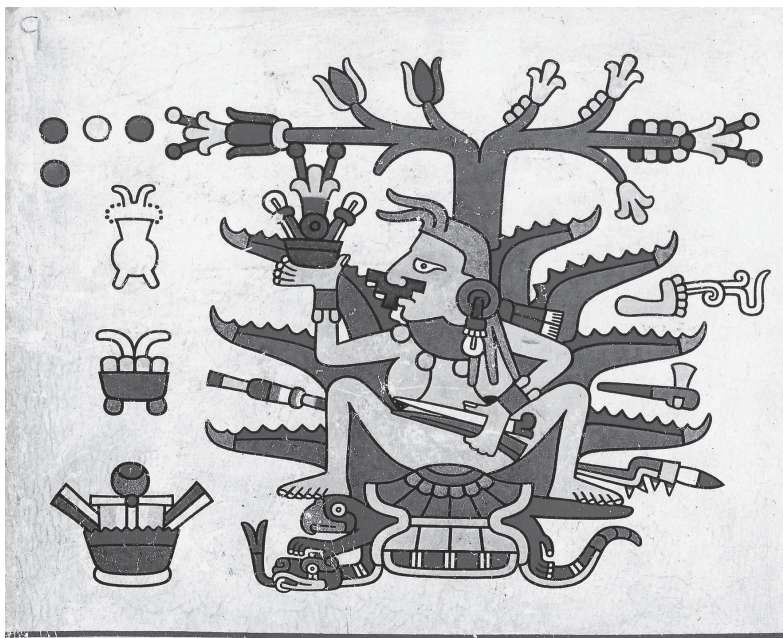


Figura 5.7. Mayahuel. *Códice Laud*, lám. 16

(*iixiptla*), una mujer “anciana”, de unos 45 años según Sahagún, era decapitada y desollada. Las pieles de los desollamientos se reunían y se guardaban en su templo, Tocititlan. Es el templo que Motecuhzoma escogió para su diálogo con Cortés. El *tlahtoani* pensaba que este recinto sagrado y la diosa Toci (patrona del año 1-Ácatl, 1-Caña) podrían incidir favorablemente sobre lo que estaba ocurriendo. Además, sin ser vistos, detrás de los muros del templo, unos sacerdotes (*tlatlacatecolo*) hacían sortilegios (*tlepanquetza*) para hechizar al conquistador.

Ilamatecuhtli

Ilamatecuhtli era una diosa-madre, diosa anciana como su nombre lo indica: “señora vieja”. Llevaba una máscara de dos caras, “una atrás y otra delante, las bocas muy grandes y los ojos salidos”.²⁰ En el mes

²⁰ Sahagún, *Historia general...*, p. 149.

festivo Títitl sacrificaban su imagen (*iixiptla*), toda vestida de blanco, con unas enaguas que llamaban *citlallin icue* (la falda de estrellas), es decir, la Vía Láctea. En ciertos contextos, aparecía como la diosa Cihuacóatl.

Chalchiuhtlicue

Diosa de las aguas vivas, Chalchiuhtlicue, la falda de jade, era uno de los númenes más importantes del panteón mexica. Tenía poder sobre las aguas del mar y de los ríos. Su fiesta principal tenía lugar durante el mes Etzalcualiztli, también dedicado a los *tlaloqueh*. Se sacrificaban niños y mujeres en su honor, en ríos y lagunas.

Chicomecóatl

Diosa del maíz, Chicomecóatl (7-Serpiente), era esencialmente diosa de las mazorcas. Se celebraba en múltiples ocasiones, pero en específico en las fiestas Huey Tozoztli (gran punzadura) y Ochpaniztli (barrimiento). En ésta, decapitaban a una víctima que encarnaba a la diosa sobre un lecho de mazorcas, le extraían el corazón y después la desollaban.

Huixtocíhuatl

Diosa de la sal y de las aguas saladas, Huixtocíhuatl estaba relacionada con Tláloc. El gremio de los salineros le ofrecía sacrificios en especial en la fiesta Tecuilhuitontli:

La vigilia de esta fiesta cantaban y danzaban todas las mujeres, viejas y mozas y muchachas; iban asidas de unas cuerdas cortas que llevaban en las manos, la una por el un cabo y la otra por el otro. A estas cuerdas llamaban Xochimécatl; llevaban todas guirnaldas de ajenos de esta tierra, que se llama iztáuhuatl; guiábanlas unos viejos, y regían al canto; en medio de ellas iba la mujer que era la imagen de esta diosa, y que había de morir, aderezada con ricos ornamentos.

La noche antes de la fiesta velaban las mujeres con la misma que había de morir, y cantaban y danzaban toda la noche; venida la mañana aderezábanse todos los sátrapas y hacían un areito muy solemne; y todos los que estaban presentes al areito tenían en la mano aquellas flores que se llaman *cempoalxochitl*. Así bailando llevaban muchos cautivos al *cu*, de Tláloc, y con ellos a la mujer que había de morir, que era imagen de la diosa Uixtocihuatl. Allí mataban primero a los cautivos, y después a ella.²¹

Tonátiuh, el sol

Producto del autosacrificio de Nanahuatzin en el fuego, el sol tenía el carácter ígneo de este último. Encarnaba también el movimiento (*ollin*) y el ciclo anual del tiempo (*xihuitl*). Su dimensión propia es el cielo (*ilhuicatl*): nacía en el Este, culminaba en el Sur, moría cada día en el Oeste y se reciclaba cada noche en el vientre materno de la madre tierra, pasando por Mictlampa, el Norte, nivel más profundo del inframundo. El sol era lo divino (*teotl*) por excelencia. Esto se desprende con claridad de muchos contextos expresivos indígenas y en particular de glifos toponímicos y antroponímicos presentes en los códices.

En este contexto, Teotihuacan era el “lugar donde se hace lo divino”, antes que nada: el sol. Las representaciones del sol abundan en la iconografía náhuatl prehispánica, en distintos materiales y con una diversidad de aspectos. Era el acreedor principal de las oblacones humanas. Se nutría sobre todo de corazones de enemigos valientes. Cada 52 años, en la ceremonia conocida como la “Atadura de años” (*xiuhmolpilli*), se sacaba el fuego nuevo sobre el pecho abierto de una víctima, para que siguiera su movimiento (figura 5.8).

Nanahuatzin

El buboso Nanahuatzin era el dios enfermo, humilde, y por lo tanto, estrechamente relacionado con la naturaleza, designado por los dioses para ser el “otro”, el segundo, que se encargaría de alumbrar al mundo. De hecho, el segundo se volvió el primero y él se transformó en sol.

²¹ *Ibidem*, p. 83.

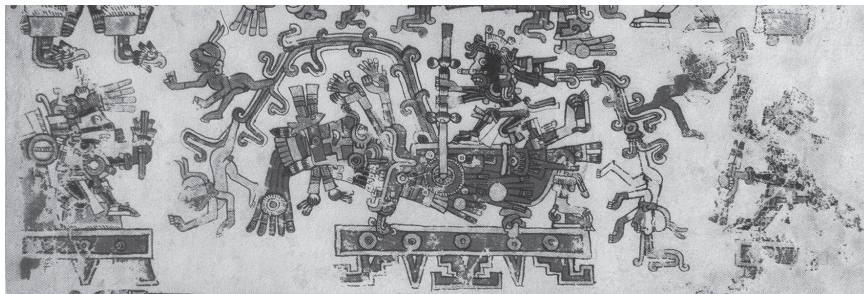


Figura 5.8. Sacrificio en aras del fuego nuevo. *Códice Borgia*, lám. 46

Tecuhciztécatl

Dios “rico” y relacionado con la civilización, Tecuhciztécatl (Tecciztécatl) respondió espontáneamente al llamado de los dioses que preguntaron quién se encargaría de alumbrar al mundo. Sin embargo, no se atrevió a echarse a la hoguera sino hasta el cuarto intento, por lo que fue sustituido por Nanahuatzin, el dios “humilde” y enfermo. Se lanzó después de Nanahuatzin, en las cenizas, y se volvió luna. Los sacrificios que consistían en arrojar a la víctima al fuego recordaban esta gesta.

Meztli, la luna

Luz de la noche, la luna, ente gemelar del astro rey, era un sol sacrificado. Este hecho se manifestó en el mito de la creación del sol y de la luna en Teotihuacan²² y en otros mitos cosmogónicos, entre los que figuran el sacrificio de Coyolxauhqui, decapitada (figura 5.9) por Huitzilopochtli en Coatépec, y la inmolación de Teoxáhual (*vid. supra*, figura 1.3, p. 31) por el sacerdote en el curso de la peregrinación de los aztecas hacia México-Tenochtitlan.

La luna encarnaba también la duración correspondiente a su ciclo: aproximadamente 29 días; 20 días del mes indígena en términos calendáricos. Las fases de la luna, creciente, menguante y luna nueva,²³

²² *Códice florentino*, lib. VII, cap. 2.

²³ La luna llena no constituye una fase ni un estado, en un contexto conceptual y religioso náhuatl prehispánico.



Figura 5.9. Metztlī, la luna. Museo Nacional de Antropología

determinaban el ciclo agrícola y gran parte del ritmo existencial de los pueblos nativos. Las tres piedras del *tlecuil* (hogar), llamadas *tenamaztlī*, eran asociadas a la luna.

Como su hermano el sol, la luna era acreedora de muchos sacrificios humanos.

Cihuacóatl

La diosa Cihuacóatl (mujer serpiente o serpiente hembra) era la diosa madre de los indígenas por excelencia. Se le representa con su arma ofensiva: el palo para tejer o machete (*tzotzopaztlī*) (figura 5.10), que fungía como cuchillo de sacrificio para consagrar las figuras de amaranto en ciertos contextos rituales. Bajo el nombre de Quilaztlī, molió los huesos que le llevó Quetzalcóatl, en Tamoanchan, y parió a la humanidad.

Era también la mujer guerrera (*yaocihuatl*), y se le refería de manera general como *tonantzin* (nuestra madrecita). Aparecía de noche, vestida de blanco, lamentaba la muerte de sus hijos aullando. A veces, en el mercado (*tianquiztlī*), dejaba un pedernal en una cuna. Los que se



Figura 5.10. Cihuacoatl. *Códice magliabechiano*, lám. 45

asomaban veían el cuchillo de pedernal, lo cual significaba que Cihuacoatl pedía sangre sacrificial.

La Cihuacoatl representaba la tierra-madre fecundada por el agua del cielo, *quiahuatl*, o la sangre sacrificial, *eztli*, también llamada *teoatl* o *xochiatl*, es decir “líquido divino” o “líquido florido”. Era la deidad principal de los xochimilcas y tenía un adoratorio en el cerro de Tepeyácac, hoy Tepeyac. Estaba estrechamente vinculada a los dioses de la muerte y las *cihuapipiltin*, “mujeres muertas en un primer parto”. El segundo en el mando político mexica, el *cihuacoatl*, representaba a Cihuacoatl con todos los atributos selénicos propios de la diosa.

Coatlicue

Madre del sol Huitzilopochtli, dios tutelar de los mexicas, Coatlicue (la [que tiene] falda de serpientes) (figura 5.11) era una advocación específicamente mexica, como Cihuacoatl y Quilaztli para los toltecas. Era la tierra-madre ofidia que daba la vida. Se identificaba con el cerro Coatépec, que a su vez fue el cuerpo principal del Templo



Figura 5.11. Coatlicue. Museo Nacional de Antropología

Mayor de México-Tenochtitlan, donde estuvieron después Huitzilopochtli y Tláloc. Los coatecas del *calpulli* de Coatlan la tenían como diosa tutelar:

Itech tlacuauhtlamati yn innetemachil; yn itech mocuauhyotia, yn incuauhyo Yn itech motzatzilia.²⁴

Ponían su confianza en ella, su esperanza; de ella dependían, era su fuerza. A ella dirigían sus plegarias [gritos].

Chantico

En la fecha 1-Xóchitl (1-Flor) del calendario de los días-destinos (*tonalpohualli*) sacrificaban esclavos al signo calendárico y a Quaxólotl Chantico, la diosa del fuego doméstico, en el templo Tetlanman.

²⁴ *Códice florentino*, lib. II, cap. 22.



Figura 5.12. Huehuetéotl, dios del fuego. Cerro de las mesas, Veracruz

Xiuhtecuhtli

Xiuhtecuhtli, también llamado Huehuetéotl (el dios viejo), era el dios del fuego (figura 5.12). Era el señor del año y del fuego sagrado de los templos, de los *calpultin* y los hogares, que se retroalimentaba cada año y cada cuatro años, y se renovaba cada 52 años. La cremación de los seres y las cosas les permitía pasar de un estado a otro. Unido al agua, simbolizaba la vida. Sus fiestas principales eran Xócotl Huetzi, mes durante el cual se arrojaban víctimas al fuego, e Izcalli. Cada cuatro años se le hacía una fiesta solemne a su advocación Ixcozauhqui.

Xipe Tótec

Xipe Tótec (nuestro señor el desollado) (figura 5.13), era el dios de la vegetación y la renovación de la naturaleza. Por lo general se representa

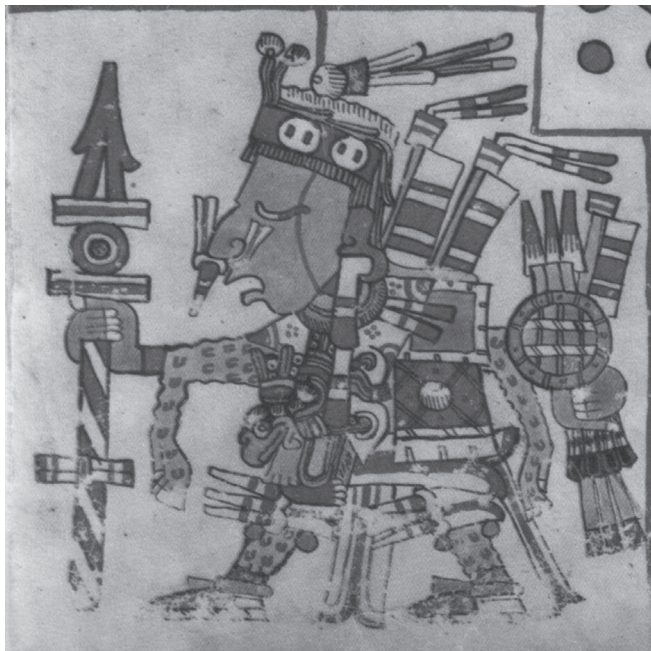


Figura 5.13. Xipe Tótec. *Códice Borgia*, lám. 25

vestido con la piel de una víctima desollada. Los sacrificios humanos que se le dedicaban implicaban el desollamiento de la víctima, cuya piel era usada por sacerdotes y luego por distintas personas que iban de casa en casa pidiendo “limosnas”. Se festejaba especialmente en el mes Tlacaxipehualiztli.

Mixcóatl

Padre de Quetzalcóatl, según algunas fuentes, Mixcóatl (serpiente de nubes), era el dios de la cacería. Bajo el nombre de Camaxtlé, fue el numen tutelar de los tlaxcaltecas. Era una encarnación de la flecha. Se sacrificaba su imagen humana y una mujer en la fiesta de Quecholli, después de la primera cacería.



Figura 5.14. Huitzilopochtli. *Códice borbónico*, lám. 34

Tlazoltéotl

Diosa de la sexualidad y las inmundicias, la diosa madre Tlazoltéotl, se encargaba del “reciclaje” ecológico de todo cuanto había existido y muerto. Ella comía lo viejo y lo sucio, y daba a luz lo nuevo, en específico a Cintéotl (el maíz). En su advocación Toci (nuestra abuela), era patrona de los temazcales y las mujeres embarazadas.

Huitzilopochtli

Dios tutelar de los mexicas y numen de la guerra (figura 5.14), su nombre significa literalmente “espina/izquierda” (*huitzil/opochtli*). Remite al colibrí (*huitzitzilin*), y a lo zurdo, sin que se sepa a ciencia cierta cuál era la relación entre la espina o el colibrí, y la izquierda.

Era también una encarnación del sol. Fue llevado a cuestras por cuatro teóforos aztecas durante su emigración, antes de nacer en Coatepec. Condujo a los mexicas hasta el lago en el que surgió un tunal, donde se posó el águila y se elevó después el Templo Mayor de México-Tenochtitlan.

En el contexto iconográfico de la peregrinación, en el *Códice Boturini*, tres mimixcoas, Xiúhnel, Mímich y su hermana mayor Teoxauhualli, fueron sacrificados sobre biznagas (*teocomitl*) y un mezquite (*mizquitl*), lo que consagró su nacimiento (*vid. infra*, figura 8.9, p. 255).

Ocupaba con Tláloc lo alto del Templo Mayor. La estatua que lo representaba en su oratorio tenía por nombre *ilhuicatl xoxouhqui* (cielo azul). Tenía una advocación en el dios Paynal, el corredor, al que se le sacrificaban víctimas en la fiesta de Panquetzaliztli. Como sol y numen de la guerra, Huitzilopochtli fue acreedor permanente de la deuda de sangre, pero su fiesta por excelencia era la de *Nahui ollin* (cuatro movimiento).

Coyolxauhqui

Hermana de Huitzilopochtli, Coyolxauhqui (la del afeite de cascabeles) era la luna, hija de Coatlicue, la tierra. Huitzilopochtli la decapitó en sacrificio y colocó su cabeza cercenada en una orilla del monte Coatépetl, la luna. Su cuerpo fue arrojado desde lo alto del templo y se hizo pedazos (figura 5.15). Es probable que el cuerpo de Coyolxauhqui, “la hermana mayor” (*ihueltiuh*), haya simbolizado la placenta, es decir, la madre dentro de la madre.²⁵

Tlahuizcalpantecuhtli

“Señor de la casa de la luz”, Tlahuizcalpantecuhtli (figura 5.16) era la manifestación divina del alba. Era Venus en su advocación matutina y estaba relacionado con el sol naciente.

²⁵ Patrick Johansson K., “Gestación y nacimiento de Huitzilopochtli en el monte Coatépetl. Consideraciones mítico-obstétricas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 53, 2017, p. 8-53.



Figura 5.15. Coyolxauhqui. Museo del Templo Mayor

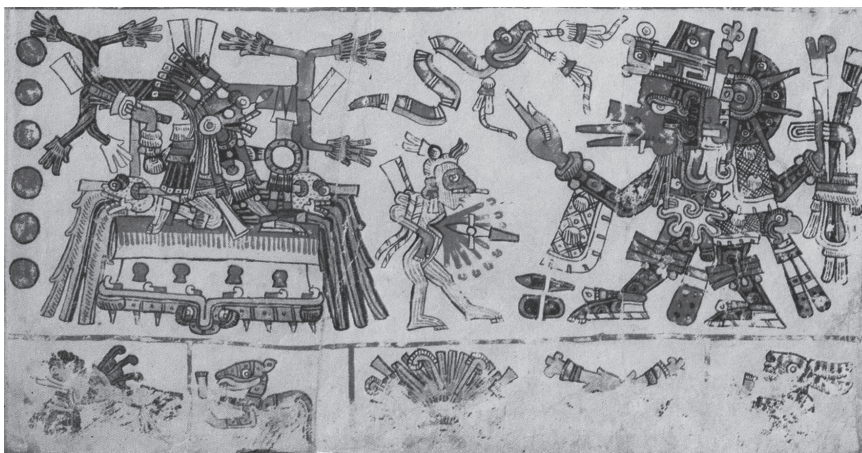


Figura 5.16. Tlahuizcalpantecuhtli. *Códice Borgia*, lám. 19

Xochipilli

Xochipilli (príncipe de las flores), era un dios solar vinculado a la danza, la música y el juego. Se le conocía también con el nombre calendárico de Macuil Xóchitl (5-Flor).

Nappatecuhtli

Nappatecuhtli, el cuatro veces señor, señor de los cuatro rumbos o señor de las cuatro esquinas (del petate) era uno de los dioses del agua llamados *tlaloqueh*. Inventó el arte de hacer esteras (*petatl*) y equipales (*icpalli*). En su fiesta, sacrificaban a un esclavo delante de él. Al momento de morir, el esclavo tenía en la mano un vaso verde lleno de agua con un ramo de salce y rociaba a todos con aquella agua, “como quien echa agua bendita”.²⁶

Huey Citlallin, la gran estrella: Venus

Cuando Venus aparecía de nuevo, después de un periodo de invisibilidad, se sacrificaban cautivos en un templo llamado *Ilhuicatitlan*, literalmente “en el cielo”, que consistía en una columna gruesa donde estaba pintada la imagen del lucero de la mañana.

PERSONIFICACIONES
DE FECHAS CALENDÁRICAS*2-Ácatl, 2-Caña*

Omácatl (2-Caña), era la personificación de la fecha de la renovación del fuego cada 52 años o “atadura de años”, *xiuhmolpilli*. Era el dios de los convites. Sacrificaban a cautivos o esclavos, “sus imágenes” (*omacame*), en esta fecha, en distintos templos: Teccizcalco, Tezcalcalco,

²⁶ Sahagún, *Historia general...*, p. 48.

la cancha del juego de pelota Tezcatlachco. Cuando sacrificaban esclavos en el templo Cuauhxicalco, “daban a gustar la sangre de los esclavos inmolados a la estatua untándole la boca con ella”.²⁷

Ometochtli, 2-Conejo

El dios del pulque tenía el nombre calendárico 2-Tochtli (2-Conejo), al que sacrificaban cautivos en el templete llamado Tochin (conejo), que tenía gradas en los cuatro lados, cuando “reinaba” esta fecha signonumérica.

Macuilquiahuitl, 5-Lluvia

En el templo llamado Macuilcalli (5-Casa), también llamado Macuilquiahuitl (5-Lluvia), mataban a los espías que prendían: “los llevaban a este *cu* y allí los desmembraban cortándoles miembro por miembro”.²⁸

Mácuilcipactli, 5-Cipactli, 5-Lagarto

Inmolaban a las divinidades calendáricas Mácuil Cipactli (5-Cipactli, 5-Lagarto), Macuil Malinalli (5-Malinalli, 5-Hierba), Chicome Cóatl (7-Cóatl, 7-Serpiente), Ce Xóchitl (1-Xóchitl, 1-Flor), Ce Miquiztli (1-Miquiztli, 1-Muerte) en sus fechas y templos respectivos.

9-Ehécatl (9-Viento)

La fecha Chicnahui Ehécatl (9-Ehécatl, 9-Viento) pertenecía a la trecena 1-Océlotl (1-Jaguar), cuya divinidad era Quetzalcóatl (figura 5.17): “el que nacía en este nueve ayre sería libre, dichoso que aunque fuese de bajo

²⁷ *Ibid.*, p. 160.

²⁸ *Ibid.*, p. 148.



Figura 5.17. La trecena 1-Océlotl. *Códice telleriano-remensis*, f. 8v-9r.

linaje, vendría a tener grandes cargos en la república”.²⁹ Además, remitía a una fecha importante en la peregrinación de los aztecas-mexicas, cuando la muchacha mexica Quetzalmoyahuatzin había dado a luz a Contzallan:

Niman oncan ce tlatatl mixiuh in inpiltzin in imichpoch in Mexica itoca Quetzalmoyahuatzin, auh in iconauh itoca Contzallan.

Luego allá una persona parió, su hija, su muchacha de los mexicas. Se llama Quetzalmoyahuatzin y su hijo se llama Contzallan.

Auh ipan in cemilhui tonalli chiu-hcnahuihecatl yehuatl ipampa in axcan itocayocan Mixiuhcan.³⁰

Y fue en el día, en el signo 9-Viento. Y por eso hoy el lugar se llama “lugar de parto” (Mixiuhcan).

²⁹ *Códice telleriano-remensis*, comentado por Eloise Quiñones Keber, Austin, University of Texas Press, 1995, f. 9r.

³⁰ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p. 61-62.

Después de un baile solemne, la imagen del signo calendárico era sacrificada con otros cautivos en esta fecha, en el templo llamado *nehtotiloyan* (lugar de la danza).

CONCLUSIÓN

Estos dioses y otros de menor importancia eran acreedores de la “deuda de sangre” que representaba el sacrificio humano en la región central de México. Más que personajes antropomorfos, zoomorfos o fitomorfos, los dioses polarizaban tendencias pulsionales, religiosas o socioexistenciales en general, en aras de las cuales se practicaban autosacrificios o inmolaciones. La entropía que la duración implica, así como la degradación fisiológica que conlleva el envejecimiento, por ejemplo, fueron sacrificialmente redimidas mediante complejos rituales.

Ahora bien, allende los dioses, las oblaciones humanas se realizaban siempre en contextos espacio-temporales sacros: templos, naturales o creados, que se “co(n)-fundían” con los númenes que ahí moraban. No tenemos pruebas fehacientes en el ámbito cultural náhuatl pero, como ya lo expresamos, el vocablo maya *k’u* se refería tanto al dios como al templo, por lo que se infiere que la divinidad trascendía los contornos individuales de su representación. Es probable que el *teotl* de los nahuas se confundiera con el *teopan*, el espacio-tiempo en el que se manifestaba.

Con esta perspectiva, consideraremos a continuación los sacrificios del mes festivo Títitl, que redimían la peligrosa entropía inherente a la duración y en general al envejecimiento.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS